

Edipo y Segismundo: Predestinación y Libre Albedrío

Aurora INSÚA RUIZ

INTRODUCCIÓN

A pesar de la diferencia en el tiempo que separa a Sófocles y Calderón hay algo que les une: la preocupación por su patria aunque sin olvidar al hombre concreto, al que probablemente se encontrarían a diario en su cotidiano quehacer, a los guerreros o caballeros que iban a luchar en defensa de unos ideales. Uno vive en una época de esplendor, otro empieza a vivir el desencanto de una sociedad en la que se está fracturando lo que, hasta entonces, había sostenido a Occidente. Uno intuye que tiene que haber un sentido, el otro lo conoce y sabe que es con la vuelta al orden con lo que se podrá dar respuesta a las incertidumbres que provocan las pasiones humanas en sus distintos ámbitos: desde el rey al soldado.

Sófocles

Cuenta la tradición que Sófocles era todavía un niño cuando las Guerras Médicas y se nos presenta como el adolescente que guiaba el coro de muchachos que celebró la victoria de Salamina, la celebrada en los *Persas* de Esquilo.

Nació alrededor del año 496 a. C. en Colono y vivió cerca de 90 años. Su figura es, sin dudarlo, la de un poeta que aparece en la época de esplendor de Atenas. Es la Atenas de Pericles, del Partenón y la Acrópolis. Vivió la época del imperio y de la democracia ateniense, así como el ambiente intelectual de la sofística.

Casi de forma unánime la crítica considera a Sófocles el poeta más importante de la tragedia ática. Nos quedan de él siete tragedias de entre las cuales, *Edipo Rey*, puede ser considerada no sólo la culminación del teatro griego, sino de la obra sofoclea.

Desde un punto de vista literario se debe a Sófocles el paso de uno a dos actores en escena. Esto supone un gran avance en tanto en cuanto que hace que en la representación de la obra haya un mayor peso de la parte dialogada sobre la parte cantada por el coro.

No podemos ver la obra de Sófocles de forma lineal, ya que partiendo de la presentación de lo heroico como opuesto a lo real llega al hábil planteamiento de situaciones complejas sabiamente matizadas. La nota dominante es la consideración del sufrimiento, la certeza del poco valor de lo humano a pesar de todo el progreso (recordemos que vive en la época de expansión de Pericles), y, por supuesto, un enorme pesimismo que rezuma de forma clarísima en *Edipo Rey*.

En ésta y en todas las obras queda manifestado el hecho de que el hombre no elige su destino, pero lo sufre. La soledad del sufrimiento sin sentido que, paradójicamente es compartida por la condición humana. Un destino que, además, se entrecruza con el de los otros de forma inexorable y que produce una tremenda amargura y una profunda desesperación.

Calderón de la Barca

Pedro Calderón de la Barca es, junto con Lope de Vega, una figura cumbre de nuestro teatro del XVII. Nace en el año 1600, es decir, cuando Lope tenía 38 años, y muere en 1681. Tal vez ha sido Valbuena Prat el que mejor ha descrito la figura de Calderón:

«... dominando las violentas pasiones de su juventud, llegó a una paz en el “museo del discreto” de su intimidad silenciosa, convencido de que no hay compañía más segura que la soledad, y que todas las pompas mundanas son sólo “humo, polvo, nada y viento”».¹

Podría decirse que, en cierta medida, fue la cara opuesta del extravertido Lope aunque también gustó del aplauso de un público que le seguía con entrega.

Cuando nace Calderón hace apenas dos años que ha muerto Felipe II al que sucederá su hijo Felipe III que reinará hasta 1621 fecha en que Felipe IV sube al

¹ VALBUENA PRAT, A.: «Calderón de la Barca», en *El teatro español en su Siglo de Oro*, Editorial Planeta. Barcelona, 1972, p. 251.

trono y nombra valido al Conde Duque de Olivares. Se suceden durante estos años una serie de acontecimientos que marcarán de un modo inevitable el avance de la Modernidad. Kepler, Galileo están propugnando unas nuevas ideas heliocéntricas que suponían, de un modo u otro, poner en entredicho toda la Filosofía anterior. Recordemos que Aristóteles era ptolemaico; poner en duda a Ptolomeo, era ponerle en entredicho a él también.

Convendría señalar el hecho de que algunos autores han indicado el valor de *La vida es sueño* como una Teoría del Conocimiento. Calderón ofrece una solución a la pregunta de cómo conoce el hombre y en este sentido habría que señalar que dos años después de que Calderón escribiese *La vida es sueño*, René Descartes publica su *Discurso del método*. Decididamente algo está cambiando en Occidente, algo que parecía inamovible se está hundiendo en las aguas turbulentas de la duda.

En España también algo está cambiando. Se produce una decadencia política que dará lugar a un desengaño en todos los niveles de la realidad, incluida la política y la social. Calderón va a mostrar en su teatro, no sólo grandes conceptos, sino también enseñanzas para los gobernantes, enlazando así con la tradición de la llamada «literatura para educación de príncipes» que tan de moda había estado décadas atrás.

Edipo Rey

Tebas. Edipo lleva ya años en el trono. La peste asola la ciudad y el oráculo habla de crímenes y de la necesidad de purificación. Edipo se constituye, responsablemente, en investigador de la muerte del rey Layo. Quiere descubrir al criminal: ignora que se trata de él mismo. Su maldición cae sobre él, estas palabras que siguen, pronunciadas por Edipo cuando oye las súplicas del Coro son paradójicas, porque lo que él promete para el criminal ha de asumirlo como propio:

«Desde el principio volviendo hacia atrás yo lo pondré en claro, puesto que con todo merecimiento Febo, y tú igualmente, pusisteis esta solicitud a favor del muerto.... Quienquiera que sea el que mató a aquél, tal vez quiera también a mí castigarme con tal mano.²»

² SÓFOCLES: *Edipo Rey*, Alianza Editorial, Clásicos de Grecia y Roma, Madrid, 2006, p. 239.

Cuando Yocasta, su madre y esposa, se da cuenta de lo que ha ocurrido, cuando se hace evidente que se ha casado con su propio hijo se quita la vida y Edipo en el delirio del dolor se saca los ojos... entonces él asume su culpa: marcha al exilio, ciego y cargando con la peste:

«Por lo que a mí respecta, que nunca se considere a esta ciudad de mis padres merecedora de tenerme como habitante mientras yo siga en vida, sino que déjame vivir en los montes, allí donde está el Citerón, que es llamado mío, al que mi madre y mi padre dispusieron, mientras ambos vivían, como tumba para mí decretada, a fin de yo muera a manos de aquellos dos que trataron de arruinarme»³.

Pero aquí lo que verdaderamente nos importa es señalar como los dioses aplastan al hombre con un destino sometido a su capricho. No hay nadie en el mundo al que se le pueda llamar feliz, porque en última instancia el hombre no puede hacer nada de cara al sufrimiento ciego y sin sentido.

Los versos finales de la obra (poco importa aquí si en el original están puestos en boca del protagonista o del coro) son absolutamente demoledores en este sentido:

«De tal forma que, siendo mortal
hasta no ver el día postrero
a nadie hay que tener por dichoso,
antes que la meta de la vida traspase
sin haber sufrido dolor alguno»⁴.

La vida es sueño

Es importante señalar que, desde un punto de vista de la crítica textual, se ha hablado mucho de las dos supuestas versiones que Calderón realizó de la misma. Una estaría escrita alrededor del 1629 y otra del 1636. Son evidentes los cambios que el autor realizó de una a otra edición pero generalmente se suele tomar la última como la definitiva, en tanto en cuanto que corresponde a una impresión que se hizo de sus obras completas; momento que nuestro autor aprovechó para revisar y retocar algunos aspectos de la misma.

³ *Op. cit.*, p. 298.

⁴ *Op. cit.*, p. 301.

La obra tiene una trama que, bajo su apariencia sencilla, esconde una gran profundidad teológica, filosófica y de educación de príncipes.

La acción se sitúa en Polonia, en un tiempo indefinido y arranca cuando Rosaura aparece en escena caída de su caballo; entonces conoce a Segismundo que vive en una torre-prisión apartado del mundo. La razón de esta soledad es la existencia de un horóscopo que predijo el rey Basilio sobre su propio hijo, Segismundo. Según este horóscopo tomaría el poder acabando con él «a sus plantas».

Pero en el horóscopo hay un error que Basilio desconoce y que hará que el desenlace sea para él una sorpresa:

«Yo acudiendo a mis estudios,
en ellos y en todo miro
que Segismundo sería
el hombre más atrevido,
el príncipe más cruel,
y el monarca más impío,
por quien su reino vendría
a ser parcial y diviso,
escuela de las traiciones
y academia de los vicios;
y él, de su furor llevado,
entre asombros y delitos,
había de poner en mí
las plantas, y yo rendido
a sus pies me había de ver...»⁵.

Basilio duda de lo revelado por el horóscopo y decide, drogando a su hijo, devolverle al palacio. La reacción de Segismundo no se hace esperar y muestra su carácter colérico. Como respuesta su padre lo devuelve a su prisión, pensando que, efectivamente, el horóscopo tenía razón en sus predicciones.

Segismundo se subleva y junto al pueblo se levanta en armas contra su padre. Cuando todo parece indicar que el horóscopo se va a cumplir Segismundo per-

⁵ CALDERÓN DE LA BARCA, P.: *La vida es sueño*, Editorial Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 2006, p. 111.

dona a su padre, hace que Astolfo se case con Rosaura devolviéndole así su honra y se nos revela como un príncipe prudente.

Calderón sigue la novedad de Lope en su *Arte Nuevo de hacer comedias* y así en *La vida es sueño* nos encontramos con dos líneas argumentales: una cercana al público en la que aparecen los lances de honor —dentro de ella podríamos enmarcar al personaje de Clarín— y otra de una profundidad filosófica y política —dentro de la cual estaría Segismundo—.

PREDESTINACIÓN Y LIBRE ALBEDRÍO

Estas obras, a las que separan más de mil años, ofrecen al lector de hoy, o al espectador que decide ir al teatro, una problemática que —a pesar de los pesares— sigue siendo común al ser humano: el problema de la libertad, del destino del hombre y de su incierto futuro. Pero el problema de la libertad y de la consiguiente responsabilidad de nuestros actos puede tener soluciones diversas.

Junto con él nos encontramos, además, con el problema del mal, de la injusticia, del poder mal entendido que llega a convertirse en tiranía y, como contrapunto, la existencia del bien, de la justicia y la felicidad a pesar del sufrimiento.

Siguiendo a Martín S. Ruipérez y Antonio Tovar podríamos decir que Sófocles vivió en una Atenas que había salido fortalecida de las Guerras Médicas que, además, habían contribuido a la formación de la conciencia panhelénica que daría su fruto siglo y medio más tarde. Pero además, y sobre todo, gracias a la concepción de Pericles, Grecia entera:

«reconocía que la resistencia y el patriotismo ateniense habían salvado a todos en los difíciles momentos del peligro persa»⁶.

Fue en el llamado «siglo de Pericles» cuando Grecia realizó sus grandes obras y cuando la *sophía* se convirtió en el ideal cultural de la época. Había una clara preocupación por la educación y se hizo un enorme intento por erradicar la superstición y la crueldad para llegar a una concepción del hombre y del mundo to-

⁶ RUIPÉREZ, M. A., y TOVAR, A.: *Historia de Grecia*, Montaner y Simón, S. A. Barcelona, 1970, pp. 150-188.

talmente distinta. Por nombrar algunas de las figuras que formaron parte del círculo de Pericles nos encontramos con Anaxágoras, Protágoras o Fidias.

Sin embargo no tardarían en aparecer voces discrepantes que se opondrían a este movimiento que podríamos llamar «*intelectualista*» y que llevaría, con el tiempo, a tener víctimas en su haber: Sócrates sería uno de ellos.

No debemos entender a Pericles como un «déspota ilustrado» —concepto por otro lado moderno— sino más bien como un hombre que interiorizó una ideología que le llevaba, incluso, a proteger al débil.

Sófocles nace y vive en esta etapa de la historia de Grecia. Sin embargo vemos en *Edipo* la trágica historia de un rey a merced de un ciego y caprichoso destino cuya existencia todos sus contemporáneos entendían: la Moira que dominaba la vida de todo ser humano.

Cuando, con el andar del tiempo, Platón y sobre todo, Aristóteles hablen de Dios comprendemos que se ha llegado a la «culminación de los tiempos». El hombre con su inteligencia ha sido capaz de llegar al «límite» de su razón. Pero falta algo. ¿Cómo se explica el mal? Esta pregunta hecha a un griego no tiene ningún sentido porque ellos consideraban al hombre como la cima del bien. No concebían de otra forma al ser humano: el hombre es buscador de la verdad, admirador de la belleza y del bien ¿cómo entonces se comprende que exista el mal?, ¿cómo el hombre puede inflingirlo sin saberlo? La solución la da Sófocles: son los dioses los que manejan los hilos de los hombres y los que disfrutan viéndole sufrir.

Cualquiera de nosotros al leer o contemplar la obra de *Edipo* se siente conmovido. Edipo es culpable e inocente a la vez, ¿cómo es ello posible? La respuesta la ofrece Moeller en su obra: desconocen el pecado⁷. Pero además sus dioses no son el Dios de la Revelación, el Dios misericordioso que crea al hombre libre y que paralelamente le hace responsable de sus actos porque es capaz de escoger entre el bien y el mal.

Si hay un pecador por antonomasia en la literatura clásica ese es Edipo: mata a su padre, se casa con su madre y tiene hijos con ella. No es concebible mayor

⁷ MOELLER, C.: *Sabiduría griega y paradoja cristiana*, Editorial Juventud, S. A., Barcelona.

aberración. Hasta tal punto es así que Freud designó con su nombre uno de los complejos que desarrolló al hilo del psicoanálisis: el niño «enamorado» de su progenitora.

Lo más trágico de Edipo es que su razón es incapaz de explicar lo que le está sucediendo. En un largo discurso con Tiresias, y después de que éste le diga que a quien está buscando es a sí mismo; que él dio muerte a Layo y que está casado con su madre; hay un momento en que Edipo no entiende cómo actuando con la recta razón es posible que se produzca tanto mal:

«... y fui yo, Edipo el que nada sabía, quien a mi llegada le di fin, consiguiéndolo por reflexión y no por aprenderlo de las aves»⁸.

para seguir diciendo Creonte:

«No podría una mente volverse malvada si piensa de forma oportuna»⁹.

Es decir, aunque el hombre emplee su razón el mal aparece de forma casi misteriosa, no tiene explicación o, por lo menos, los griegos no se la encontraban. Son los dioses que celosos de la felicidad del hombre le llevan inevitablemente y de forma dolorosa hacia un trágico final. Y tanto más trágico cuanto que los griegos no creían en una vida futura, en un Cielo donde «los que lloran serán consolados».

El Coro lo dice claramente:

«... en vano con pie vano en soledad viviendo,
del ombligo de la tierra,
los oráculos apartando.
Mas éstos, que siempre viven,
En torno suyo revolotean»¹⁰.

Edipo ha intentando huir de su destino, huye de la casa de los que cree sus padres cuando se entera de su porvenir y resulta que, al final, implacablemente

⁸ SÓFOCLES: *Edipo Rey*, Alianza Editorial, Clásicos de Grecia y Roma, Madrid, 2006, p. 249.

⁹ *Op. cit.*, p. 260.

¹⁰ *Op. cit.*, p. 255.

el oráculo se cumple. El hombre no puede hacer nada al respecto. El sufrimiento sin sentido corona la vida del ser humano lo quiera o no.

Para los griegos este mal sólo puede proceder de la fatalidad o de los dioses, nunca del hombre. El mundo está dominado por un determinismo ciego contra el que no se puede luchar. Es, visto desde una perspectiva cristiana, como una especie de locura que domina la voluntad del hombre y lo lleva a su total destrucción.

Por ello el protagonista de nuestra historia nos resulta tan paradójico: lo vemos inocente y culpable porque no son sus actos fruto de una decisión libre sino de un *fatun* que le destruye.

¡Qué imagen tan evocadora!... Edipo ciego, radicalmente solo, deja de ver la luz del día y con ella la luz de la verdad. Edipo no es sólo un desgraciado, es un hombre que se ha portado bien, que rige Tebas con justicia (por ello quiere encontrar al criminal que mató a Layo), no ha cometido ninguna falta «voluntaria»... por eso en él la paradoja llega a su punto más alto. Como en ninguna obra de la antigua Grecia.

Vemos en el alma del personaje una necesidad tan grande de perdón, de un Dios que le ame, que al final nos damos cuenta de que lo que le faltó a los griegos fue la Revelación.

La Revelación que les mostrase aquello que el hombre no alcanza a conocer con la razón y es que en el fondo de su ser el hombre está herido por el pecado. Y esta herida latente es la que engendra el mal. Pero no es un mal sin sentido sino que está acompañado del sufrimiento de un Dios Encarnado.

Es bajo esta perspectiva cuando entendemos la desesperación de San Pablo en el Aerópago cuando le dejan solo... ¡¡¡figurémonos a los griegos escuchando a un hombre decirles que Dios se ha hecho hombre como ellos, que ha sufrido como ellos, que ha comido, dormido, sentido el dolor de la pérdida de un amigo (aunque El supiese que lo iba a resucitar...), que ha probado la amargura de la soledad frente a la muerte cierta...!!! Esto tenía que sonarles muy raro.

Indudablemente Grecia había llegado a lo más alto, el hombre había desarrollado, como nunca en la Historia, su inteligencia y su razón. Llegará, años después con Aristóteles, al conocimiento de un «dios de los filósofos», un dios nece-

sario, motor inmóvil, causa primera pero que no es Persona. Un dios que se desentiende del mundo y del hombre. Los griegos desconocían la Creación y además no podían figurarse que esa Creación se había hecho por Amor y que es por Amor por lo que ese Dios quiere que estemos con Él.

Este es el paso que faltaba, Moeller lo expresa claramente; éste es el «déficit» de conocimiento que tanto nos extraña hoy al leer las tragedias griegas:

«Por consiguiente, lo que faltó a los griegos, lo que explica su ignorancia de la verdadera noción del pecado, es la ausencia de la revelación de Cristo. He aquí por qué, ante los criminales de la tragedia, de la epopeya, nos preguntamos con angustia si hay que condenarlos o compadecerlos, si son más culpables que infortunados o más infortunados que culpables. Los griegos eligieron la piedad. Nosotros también»¹¹.

Por ello cuando comparamos a Edipo con Segismundo entendemos por qué este último es capaz de, usando su razón y con una enorme grandeza de corazón, sobreponerse a la injusticia de la que ha sido objeto.

No sabemos si Calderón conoció la obra de Sófocles. Tampoco hacía falta: el tema es universal. El hombre, como buscador de la verdad de las cosas, también busca la verdad de sí mismo, busca su identidad y su razón de ser. Busca incansablemente el sentido de su existencia y su fin último. Esto puede llevar a pensar que si Dios es omnisciente y sabe de antemano lo que voy a hacer... ¿quién no dice que hay predestinación?

Uno de los grandes argumentos de la crítica literaria para negar la existencia de tragedia en Occidente después de Grecia es precisamente la aparición del Cristianismo. Y, en cierta medida, tienen razón. Si el cristianismo nos habla de un Dios de amor, misericordia y perdón y de un Dios que me hace libre ¿cómo compaginarlo con un destino que me viene «impuesto»?

Esta disputa no fue baladí en el XVII y de hecho venía de atrás. A finales del XVI se produjo una polémica teológica entre los jesuitas (que valoraban la inteligencia, voluntad y el libre albedrío del individuo con el apoyo *eficaz* de la gracia

¹¹ MOELLER, C.: *Sabiduría griega y paradoja cristiana*, Editorial Juventud, S.A., Barcelona, 1963, p. 69.

divina, que de este modo no le impide la libertad de elegir) y los dominicos (que, por oposición, se mostraban defensores de la total omnipotencia de Dios y de su justicia divina).

No es extraño que Calderón, educado en los jesuitas, tenga esta tendencia optimista que permite al hombre, a través del drama de su propia existencia, enfrentarse al orden negativo. Se trata de una lucha grandiosa y así es como lo ve nuestro autor.

Basilio —el padre de Segismundo— se ha rendido al ocultismo y le ha llevado a un error. Y este error hace que Segismundo se reconozca víctima de una sinrazón. El problema está en que en Basilio se unen peligrosamente el poder y la pasión política. Entramos entonces en el aspecto de formación de príncipes que lleva consigo *La vida es sueño*.

Calderón es un hombre del Barroco que está viviendo la fractura política, social y religiosa que se venía fraguando tiempo atrás. Es conveniente, pues entender Renacimiento y Barroco como dos caras de una misma moneda. Como muy bien lo ha definido Vicens Vives podríamos decir que el Barroco no es más que la continuación del Renacimiento:

«la consecuencia lógica de la absorción por las masas de Occidente de las ideas renacentistas que hasta mediados del XVI fueron privativas de una minoría... la intranquilidad espiritual desencadenada por los conflictos religiosos y el auge o declive de ciertas políticas, se comprenderá que la última generación del XVI y la primera del XVII se abocaran al mundo en un gesto de desaforado colosalismo que sólo disfrazaba el oculto temor ante la grandeza del proceso ideológico que encerraba en sus mismas entrañas: Renacimiento, Barroco: una sola entidad, con dos expresiones distintas...»¹².

Dentro de esto, España está sufriendo grandes cambios, una serie de movimientos disgregadores, la política centralizadora de Olivares, la sublevación de los catalanes (donde intervino Calderón), la evidente inferioridad del ejército, etc... hacen que se produzca lo que se ha denominado «el desengaño Barroco».

¹² VICENS VIVES, J.: *Historia General Moderna. Del Renacimiento a la Crisis del siglo XX*, Tomo 1, Montaner y Simón, S. A., Barcelona, 1974, p. 243.

En este ambiente es cuando Calderón escribe su obra *La vida es sueño* que, siguiendo la tradición filológica de M. Bataillon o A. Valbuena Prat, denominamos como drama filosófico.

Segismundo aparece no como un arquetipo sino como un personaje que tiene en sí una profundidad conceptual de valor universal. Por ello no es justo que midamos el Teatro del Siglo de Oro y más concretamente a Calderón con nuestros parámetros individualistas postmodernos.

Calderón busca restituir de algún modo un orden perdido. Ésta sería la diferencia fundamental con Grecia. La tragedia griega nos produce horror, de hecho nos preguntamos cómo es posible que alguien cometa esos crímenes, que no sean capaces de ver ninguna otra salida que el suicidio frente a las terribles situaciones que viven.. Así jamás el drama calderoniano producirá horror como en el caso de *Edipo*, sino más bien perplejidad. ¡Qué es si no la entrada de Rosaura en la primera escena! ¡Qué es si no su encuentro con Segismundo!

Quizá desde un punto de vista estricto no podemos hablar de tragedia en el Occidente cristiano, y más concretamente en nuestros Siglos de Oro, pero sí que podemos hablar de dramas. Y así lo entendían los hombres y mujeres que iban a los corrales de comedias o la nobleza que asistía en palacio a las representaciones teatrales.

En las palabras de Segismundo nos encontramos toda la fuerza del hombre que busca su identidad, que no sabe que ha hecho para merecer lo que le está pasando:

«¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo
Ya que me tratáis así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo;
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido.
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor;
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido»¹³.

¹³ CALDERÓN DE LA BARCA, P.: *La vida es sueño*, Editorial Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 2006, p. 87.

Pero lo que causa la verdadera perplejidad de Segismundo, y de paso del espectador, es no entender cómo es posible que los pájaros, las bestias del campo vivan en libertad y un ser humano viva encadenado en una torre. El mismo Segismundo se pregunta con angustia por esta circunstancia:

«...¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?
...¿y yo con mejor distinto
tengo menos libertad?
...¿y yo con más albedrío
tengo menos libertad?
... ¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?»¹⁴.

Resulta muy llamativo ver como Calderón enseña al público que de algún modo el hombre necesita salir de la cueva de la ignorancia para llegar a la luz de la verdad. La torre tiene un papel fundamental en la obra ya que marca el nacimiento del hombre, su paso de la oscuridad de la ignorancia a la luz del saber. Como símbolo tiene mucho que ver con el mito de la Caverna, este hecho ha sido señalado por la crítica textual incidiendo en otro aspecto fundamental de la obra: su valor como estudio de una Teoría del Conocimiento de Calderón. ¿O no estamos todos pensando en Platón?

Por otro lado también aparece manifestada la prudencia como virtud propia de los príncipes, que unida a la justicia y magnanimidad son fruto, precisamente, de este conocimiento de la realidad.

Realidad que puede estar confusa ya que ni él mismo sabe —cuando le llevan dormido al palacio de su padre— si está soñando o no y lo que es peor cuando le devuelven a su cueva ya no sabe cuál es la realidad: la prisión o el palacio.

Se entiende, al hilo de la injusticia de la que es objeto Segismundo, la ira con que reacciona en un primer momento y por lo mismo su prudencia y su misericordia al final de la obra para con su padre. No se ha cumplido el horóscopo: porque éste no cuenta con los actos libres del hombre. El hombre, una vez ad-

¹⁴ Op. cit., p. 88.

quirida su formación, es capaz de cambiar y de crear una «segunda naturaleza» que le hace elegir libremente y hacerse responsable de sus actos.

Esta es la diferencia con la tragedia griega, entre el siglo V a. de C. y el XVII existe ya un Dios que se ha revelado como misericordioso, como omnisciente, pero respetuoso con la libertad del hombre, y que da sentido a su existencia y esperanza de cara a su finitud.

Hay un hecho cierto: Segismundo no ha elegido estar encerrado y de ello le hace conocedor Clotaldo. No ha dependido de él esta circunstancia pero, al conocer la verdad, sí que puede elegir. Puede elegir entre comportarse llevado de la pasión, de la ira y de la venganza o de la justicia y la magnanimidad. Es justamente este hecho el que le hace ganarse a todos: a su padre y al público que esta viendo o leyendo la obra. Porque cuando Segismundo se encuentra con su padre después de la rebelión éste siente temor porque cree que el horóscopo va a cumplirse y no es así. En un hermoso discurso Segismundo se dirige a su padre al cual culpa, sin ambages, de su anterior situación pero cuando habla de lo que ha de hacer es claro:

«Y así, quien vencer aguarda
a su fortuna, ha de ser
con prudencia y con templanza»¹⁵.

Está claro a lo largo de toda la obra: la vida está en manos de Dios que es el supremo hacedor, esto es inevitable: el hombre es un ser contingente. Por ello es absurdo hacer caso a horóscopos, o predestinaciones. Todo lo hizo Él, todo le pertenece, por ello no hay que usar mal lo que Dios creó. Lo único que el hombre no puede evitar y no puede elegir es no morir:

«Si está de Dios que yo muera,
o si la muerte me aguarda,
aquí, hoy la quiero buscar,
esperando cara a cara»¹⁶.

¿Qué quiere decir esto? ¿Qué diferencia hay entre la muerte en *Edipo* y la muerte en *La vida es sueño*? ¿Qué sociedad se nos aparece?

¹⁵ Op. cit., p. 206.

¹⁶ Op. cit., p. 204.

En una hay desesperanza, pesimismo; en la otra esperanza aunque haya dolor y sufrimiento: en una Dios no se había revelado, en la otra Cristo se había encarnado y había echado sobre sus espaldas el dolor y el sufrimiento dándoles un sentido, pero —lo que es aún más importante— ofreciendo la Esperanza al hombre. Esperanza y Vida Eterna porque su triunfo frente a la muerte hace que toda la vida del ser humano adquiera sentido y es en esta clave en la que hay que entender a los protagonistas de ambas obras. Edipo nos produce lástima, piedad —como dice Moeller— Segismundo nos da un ejemplo de grandeza de corazón, de misericordia y de prudencia. Uno se rinde porque desconoce el origen de su desdicha, el otro, aún desconociendo en un primer momento este origen, cuando conoce la verdad es capaz de sacar una enseñanza y de perdonar sinceramente.

El mal, enraizado en el alma del hombre en forma de pecado original, puede vencerse con la ayuda de Dios. Este es el mensaje que el cristianismo, el catolicismo (no olvidemos que católico significa universal) tiene para todos los hombres.

El problema es que este mensaje era desconocido para el mundo griego. Históricamente el hombre se estaba preparando para la llegada de su Salvador sin siquiera saberlo, estaba buscando un sentido en el sinsentido de la vida que muchas veces se manifiesta en el hombre receptor y hacedor del mal. El griego pensaba que toda la belleza del universo se concentraba en el hombre; era impensable pues el mal; de hecho el Error era considerado como el genio del mal. Dice Moeller a este respecto que los griegos tenían unos dioses que no se merecían porque de cara al mal el hombre mismo es el que se castiga: Edipo causa su ceguera porque ha de borrar la mancha del mal cometido. Su solución es la dignidad entendida como elección de un destino que puede llevar al suicidio. Pero ni tras la muerte hay esperanza. Hades les espera, no el cielo.

El hombre barroco tiene Fe y sabe que, aún a pesar de las difíciles circunstancias que le está tocando vivir, de saber que hay algo que está cambiando, de que de pronto la unidad religiosa de Europa se resquebraja; es consciente de que hay esperanza. De que está en el mundo porque tiene una misión que cumplir, que probablemente tenga sufrimiento, pero que será consolado. Y, además, sabe que Dios ha venido a por el pecador, a por la oveja descarriada... porque no quiere que se condene ningún hombre.

Alexander A. Parker, conocido hispanista, realiza un amplio estudio sobre la obra de Calderón y nos muestra como no sólo en *La vida es sueño* sino en otras

obras suyas nuestro autor está preocupado por el tema de la libertad, del libre albedrío y del sino. Calderón, afirma, es un autor que tiene claro que el problema existencial fundamental del hombre es precisamente qué hacer con su libertad. Pero la solución que ofrece Calderón no es la represión sino la educación. Así lo expresa con sus propias palabras:

«Esto es lo que Calderón desarrolla a partir de la torre arquetípica de Segismundo. Todos los hombres nacen prisioneros de lo imperfecto de la vida: todos los hombres están condenados a sufrir o causar sufrimiento y violencia de un tipo u otro, porque los hombres hacen del mundo un lugar de discordia y caos. No obstante, tal como el símbolo del horóscopo indica, es fatal intentar impedir por medio de la represión que hombres concretos pequen: cada hombre y cada mujer deber tener desde la adolescencia la libertad de enfrentarse a su propio destino, aunque eso pueda ser su perdición»¹⁷.

Esto es lo que hay detrás de Edipo y de Segismundo: dos cosmovisiones distintas, entre una y otro ha habido un hecho fundamental: el Cristianismo. Por ello el griego vive desesperanzado y el hombre barroco, a pesar de todos los pesares, encuentra respuesta a sus preguntas, consuelo en sus angustias y remedio a su dolor. Sófocles crea unos personajes en un tiempo y un espacio determinados: el suyo. Calderón sitúa la acción en Polonia en un tiempo indeterminado, a él no le interesaba este detalle, le importaba más la proyección y la profundidad de los personajes y de lo que les sucede porque es válido para todo tiempo. Como dice Valbuena Prat:

«Calderón en esta obra plantea el problema fundamental del libre albedrío de una manera positiva»¹⁸.

¿Por qué privar al hombre actual de tal riqueza? Muy al contrario, si hay un género literario abierto, éste es el teatro. Lo ha sido ahora y siempre y es porque por el teatro nos podemos adentrar en la sociedad que lo vio nacer. Por medio de la palabra el público —griego o español— ve en el escenario lo que está ocurriendo a su alrededor.

¹⁷ PARKER, A. A.: *La imaginación y el arte de Calderón. Ensayos sobre las comedias*, Cátedra, Madrid, 1991, p.130.

¹⁸ VALBUENA PRAT, A.: «Calderón de la Barca» en *El teatro español en su Siglo de Oro*, Editorial Planeta, Barcelona, 1972, p. 321.

El desconocimiento de esta enorme riqueza, el hecho de que se reniegue del pasado heredado hace que el hombre moderno esté aún si cabe, más perdido que el griego de la época de Sófocles.

Grecia fue grande ya que fue la cuna de la Filosofía y de la Democracia. Occidente no sería el mismo sin ellos pero será después del Cristianismo cuando el hombre deje de verse avasallado por un destino ciego y comprenda la realidad de las cosas y de su existencia.

Y es así en definitiva como se escribe la Historia. Las sucesivas generaciones toman sobre sus hombros lo heredado de sus antepasados y eligen. Eligen rechazar o no lo que reciben, asumirlo o negarlo. Pero la realidad es que la Historia la hacen los hombres para bien o para mal. El hombre, la humanidad, no está predestinada, ejerce su libre albedrío.

Al hombre de todos los tiempos le preocupa su futuro pero si no es capaz de mirar a su pasado, a la Historia, será incapaz de tomar una decisión libre y responsable. Y ha de volver sus ojos para aprender, para evitar errores pero, sobre todo, para seguir caminando hacia su futuro.

La Grecia de Sófocles y la España de Calderón son distintas, indiscutiblemente, pero también son semejantes, también nosotros somos distintos a ellos pero con un problema añadido: queremos ser libres pero sin responsabilizarnos de nuestros actos. En este sentido tenemos mucho que aprender de nuestra Historia pero sobre todo de las enseñanzas que los grandes autores nos han dejado. Ellos escribían también para nosotros: escuchémosles.

Aprendamos de Segismundo, él toma las riendas de su vida con prudencia y justicia, enseñemos estos valores:

«Y así, quien vencer aguarda
a su fortuna, ha de ser
con prudencia y con templanza»¹⁹.

¹⁹ CALDERÓN DE LA BARCA, P.: *La vida es sueño*, Editorial Espasa Calpe, Colección Austral, Madrid, 2006, p. 210.